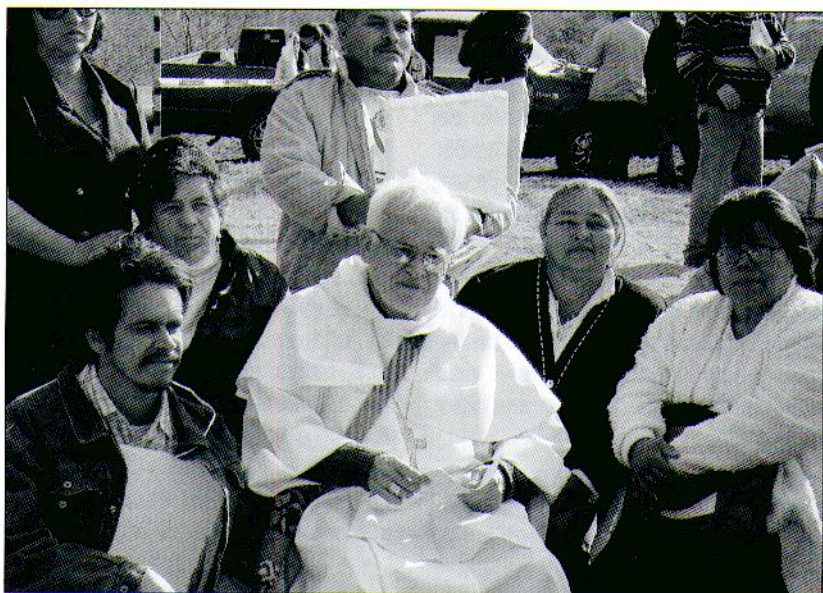




Raúl Vera, el obispo de los mineros mexicanos

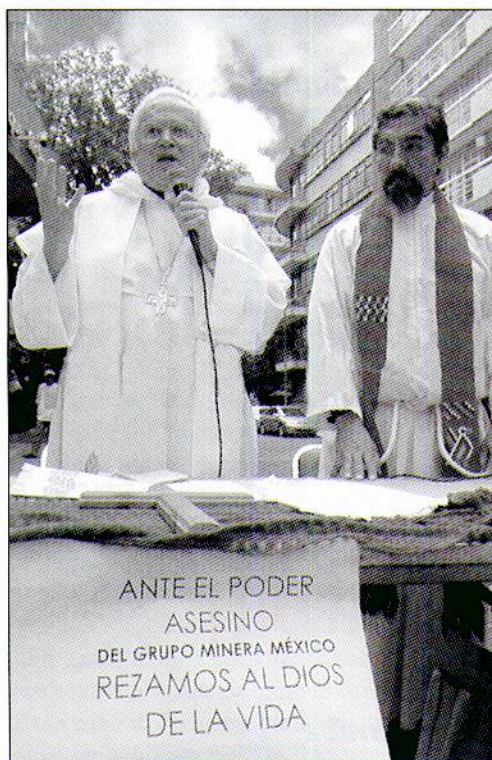
«Mi encuentro con los mineros es en el dolor, ante la injusticia en la que los hacen trabajar»

Juan Eduardo García Hernández *

Es difícil no sentirse en confianza con un hombre que en todo momento sonríe, salvo cuando expresa su indignación ante la condición laboral de los mineros de Coahuila, provincia industrial del norte de México. Raúl Vera López ingresó en 1968 en la Orden de los Predicadores (dominicos) y fue ordenado sacerdote en Roma por Pablo VI en 1975.

Fue nombrado obispo de Ciudad Altamirano, en el estado mexicano de Guerrero en 1987. Juan Pablo II lo convirtió en 1995 en obispo coadjutor de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, para sustituir a Samuel Ruiz. Participó con él en el Directorio para el Diaconado Permanente Indígena visitando comunidades. Diversas acciones le valieron que los indígenas lo reconocieran como constructor de la paz con justicia y dignidad.

Para sorpresa de muchos e indignación de otros, Juan Pablo II interrumpió



pió un proceso de cuatro años de encarnación en Chiapas y le nombró obispo de Saltillo en diciembre de 1999. Tuvo que dejar la diócesis de San Cristóbal en Chiapas y un camino pastoral que había iniciado don Samuel Ruiz décadas atrás y que don Raúl estaba dispuesto a asumir y acrecentar. Instalado en Saltillo y después de vivir un proceso de asimilación de la nueva tarea, don Raúl Vera comen-

zó su trabajo pastoral con un sector de trabajadores explotados: los mineros. También ha realizado acciones públicas muy valientes de defensa de las prostitutas violadas por miembros del ejército mexicano.

- *¿Qué fue lo primero que vio cuando llegó a Saltillo?*

- Vi una gran desigualdad. La diócesis está situada en una zona industrial. Constaté las injusticias del sistema neoliberal, todo lo que produce y todo lo que desecha.

- *¿Cuál fue su primer acercamiento con los mineros de la zona carbonífera?*

- Cuando llegué a Saltillo, la diócesis abarcaba varias zonas de Coahuila. De 2000 a 2003 recorrí las zonas Carbonífera, Cinco Manantiales y la Fronteriza para preparar la nueva diócesis de Piedras Negras. De manera especial, tuve que hacer un trabajo en la zona Carbonífera, pues siendo obispo ocurrió la explosión de un pozo y la inundación en otro. Murieron 25 mineros. Esos acontecimientos forman parte de una serie de explosiones y derrumbes persistentes. En los cien años que lleva la extracción del carbón, ha muerto un minero a la semana de promedio.

Me di cuenta que los mineros son conscientes de las condiciones laborales en que se les obliga a trabajar. Saben que los primeros responsables de las muertes son los concesionarios, pero no lo pueden decir en voz alta porque la mina es la única fuente de trabajo. Hay resignación y miedo. Siempre lamenté que no hubiera un sujeto de cambio, pero el primer sujeto debería ser el minero, por lo que decidí realizar una Pastoral obrera. Hubo un suceso que me ofreció la oportunidad

en 2001 se conmemoraron 50 años de una caravana de mineros que partieron de Nueva Rosita en Coahuila rumbo a la ciudad de México. Reclamaban mejores condiciones laborales de la empresa estadounidense que explotaba la mina. Cuando llegaron a la ciudad de México, ninguna autoridad los recibió. Mientras ellos se encontraban marchando, la mina contrató a nuevo personal. Hubo una cuestión desagradable que nunca olvidaron: se acercaron al párroco, un sacerdote de apellido Del Real, que se negó a darles la bendición antes de partir. La excusa que dio, según me contó el vicario de la zona años más tarde, es que el dueño de la mina comentó al padre Del Real que los líderes eran comunistas, un pretexto de la época. Además el dueño de la mina declaró al sacerdote que era inútil la marcha porque no obtendrían nada, pues en Ciudad de México no les iban a hacer caso; el padre Del Real se valió de esto y se negó a darles la bendición.

A partir de entonces se gestó un resentimiento hacia la Iglesia. Los sacerdotes de la región me pidieron que fuera para sanar esa ofensa cometida a los mineros 50 años atrás. Fue esa la principal razón que propició que la Iglesia organizara el 50º aniversario de la Caravana minera. En la misa hice subir a dos mineros sobrevivientes de la marcha y a una señora que se dedicó a juntar despensa para las familias de los mineros, una heroína de su época. Allí me arrodillé y besé los pies de los tres y les pedí perdón a ellos que fueron a la Caravana y a todos los mineros por lo que no hemos hecho como Iglesia. Les dije que sería diferente, que la Iglesia los quería acompañar en adelante en su lucha.

Cuando fue la explosión de la Mina de Pasta de Conchos yo ya no era obispo de la zona carbonífera, pero mucha gente me llamó y me dijo: «Don Raúl, vaya porque les hace mu-

«A mí me ha marcado el dolor de las viudas y la indolencia de las autoridades al respecto»

cha falta a los mineros». Al día siguiente mi equipo y yo estábamos allí.

Mi encuentro con los mineros es en el dolor ante la injusticia en la que los hacen trabajar; mi encuentro con los mineros se realiza en la reivindicación de su dignidad. A mí me ha marcado el dolor de las viudas y la indolencia de las autoridades al respecto.

- Mas allá de su apoyo a los mineros, ¿qué está haciendo la Iglesia mexicana respecto a los problemas laborales de los trabajadores?

- En este momento dentro de la Pastoral Social hay una situación crítica. Da la impresión de que el grupo que la coordina no está atinando. De ninguna manera hablo de los miembros del equipo de trabajo de Pastoral Laboral que es otra cosa, sino de la Coordinación de Pastoral Social. Veo contradicción, ya que ellos señalan que no hacen falta equipos nacionales de Pastoral Laboral argumentando que es un trabajo de las provincias eclesísticas nada más y no tenemos por qué tener un equipo nacional, pero la cuestión laboral es un problema nacional. Otras Pastorales trabajan a nivel nacional, ¿por qué esta no?

Lo que percibo es que la Pastoral Social siempre se enfrenta al poder político y empresarial y surgen quejas ante otras instancias Pastorales acusando por diversas causas a Pastoral Social. Es lógico, Pastoral Social decide lo que se debe de hacer ante las injusticias que se cometen muy frecuentemente en México y de manera muy grave.

Me da la impresión de que no hay fuerza en este momento en Pastoral

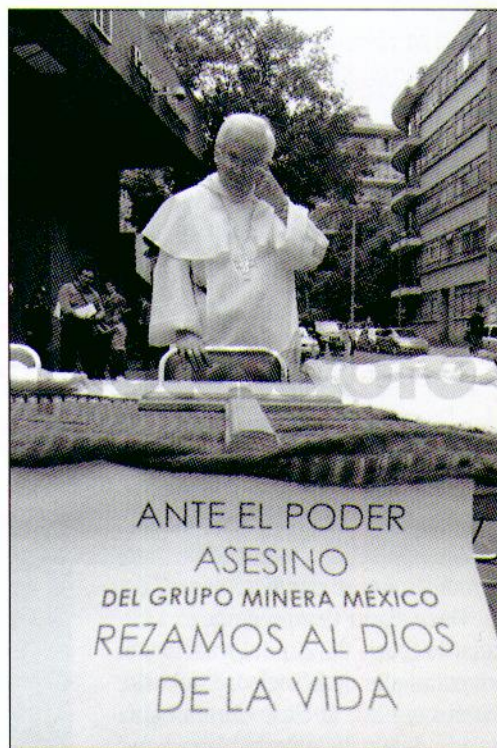
Social. En el año 2000, dos grandes de la Conferencia Episcopal Mexicana, Sergio Obeso (tres veces Presidente de la Conferencia) y Carlos Talavera, con el apoyo de un estupendo equipo de la Pastoral Social, hicieron un análisis muy profundo del país. Todo quedó en una carta muy completa, que se hizo con el apoyo de muchos actores sociales. Fue aprobada y publicada por el Episcopado Mexicano en pleno. Mientras se elaboraba la carta y sirviéndose de algunos obispos hubo esfuerzos de sectores políticos y económicos para que no se publicara. Desde siempre la Pastoral Social es observada por las instancias oficiales y continuamente se la ha atacado. Después del conflicto cristero** en México, la Iglesia y el Estado llegaron a un arreglo diplomático. Hasta 1992 la Iglesia en México vivió sin ciudadanía; por eso la Iglesia no tenía que disgustar al gobierno. Aunque se obtuvo reconocimiento oficial del Estado a la Iglesia, seguimos en las mismas; no queremos disgustar a las autoridades.

- La Iglesia mexicana ¿se convierte en cómplice de ciertas acciones del Estado?

- Si nosotros no actuamos ante la injusticia, nos hacemos cómplices. Cuando tú no defiendes a las ovejas del lobo y ves complaciente cómo el lobo se las come, estás siendo cómplice.

- ¿Qué mensaje da a los trabajadores mineros del mundo?

- Que deben seguir luchando por la reivindicación de los derechos laborales cuya conquista tanto trabajo ha costado desde la revolución industrial y a lo largo del siglo XX. El trabajo humano es esencial y el reto es reclamar a los Jefes de Estado que dejen de sostener y alentar las economías especulativas, defiendan el trabajo digno y las condiciones de vida con justicia para los trabajadores. El dinero debe circular para la producción de bienes y empleo a



partir del trabajo humano digno, con salario justo, que produzca bienestar para todos. El dinero que se hace mediante la explotación y opresión de los trabajadores es indigno y genera desigualdad social. ■

* Juan Eduardo García, profesor de la Universidad Iberoamericana de México D.F.

** Conflicto armado entre la Iglesia Católica y el Gobierno Mexicano de 1926 a 1929. Se inició por una serie de reformas políticas que gestó el Estado y que minaban la autonomía de acción de la Iglesia.